



Francisco  
García  
Pavón  
Cuentos  
de amor...  
vagamente

Recopilación de cuentos publicados en diarios y revistas y alguno inédito.

Partiendo del relato que inicia el libro (*El tren que no conduce nadie*), uno de los mejores que se ha escrito en nuestra lengua, el lector quedará prendido en el interés, casi en la magia, de estas narraciones y no podrá dejar el libro, tan bello y penetrante, que demuestra que García Pavón es comparable a los grandes maestros del cuento.

## El tren que no conduce nadie

No sé bien si este primer escalofrío de mi vida lo he sentido al bajar papá el cristal de la ventanilla para que saliera el humo del cigarro, o un momento antes, y que vi entre nubes, cuando el revisor abrió la puerta para contar los asientos libres. Lo cierto es que al sentirlo me he arrebujado tan apretadamente entre los brazos de mamá, que ella, un poco sorprendida, me ha mirado con esos ojos claros que pone tan dulzones cuando los fija en mi cara. Y la que también me ha quedado bien grabada desde que empezó mi viaje es la figura de papá. Durante muchas horas lee el periódico al compás del traqueteo del tren, y de vez en cuando nos echa una mirada pensativa o reída, según vayan las cosas... Estoy seguro que la abuela ya no estaba en el tren cuando yo subí, y que la estampa que de ella tengo, con el pelo canoso y los ojos un poco bizcos, me la fijó mamá durante el viaje.

Como hemos pasado sin parar ante muchas estaciones durante estas primeras horas, todavía no he visto viajeros ni jefes de estación. Sólo relojes y campanas verdes, que se quedan atrás rapidísimamente. A los revisores que se turnan sólo les veo la cara medio oculta por la visera de la gorra y la inclinación de la cabeza al mirar con mucha fijeza el billete amarillo, pero sin sonrisa, y claro, sin reparar en mí... Sólo esta tarde uno muy alto y con bigote, al ver a mamá tan caída por los ataques que ahora le dan al corazón, alzó los ojos hasta ella, luego hacia mí, que iba a su lado con mis pantalones cortos, y seguro que con la cara muy triste, y al final hacia papá, que seguía leyendo el periódico, al

parecer impasible, aunque cada poco echaba reojos a mamá tras las gafas pequeñas que ahora lleva... Sin embargo, el revisor no se ha fijado en mi hermano segundo, que, echado en el asiento vacío y cubierto con una manta, dormía entre su pelo rubio y las manos que tenía juntas bajo la cara... Y que a mí, aunque no se parecían gran cosa, siempre que lo veo dormido me recuerda al otro hermano, al tercero, que nació aquel día que descarriló el tren, que siempre estuvo tan malo de la tripa y que al poco tiempo, con el culete amarillo y llorando en voz baja, murió entre los brazos de mamá, pegado a la ventanilla.

En algunas paradas del tren, ante estaciones o apeaderos, más que los relojes, campanas, silbatos y maletas, me llamaba la atención, cuando bastante apartado de la vía, hay un cementerio, con el plumaje oscuro de los cipreses cabeceando sobre las tapias enjalbegadas... De las estaciones donde hemos parado últimamente, la mejor ha sido, aunque no había cementerio, la de aquel pueblo tan grande, cuyos andenes estaban repletos de hombres y mujeres con banderas tricolores, la Banda Municipal tocando el himno de Riego y aquella chica con el vestido blanco muy largo, el gorro frigio y una bandera en la mano, que gritaba vivas delante de los viajeros. Pues resulta que aguardaban a un paisano, republicano famoso, que se bajó de nuestro tren, y después de repartir muchos abrazos, empezó a hablar en público cuando ya arrancábamos. Papá, como está tan contento con la República, lo miró todo con los ojos muy gustosos, y estuvo un buen rato sin leer el periódico... Cuando ya íbamos otra vez sobre la llanura reseca y de pedrizas, estuve seguro de que a papá le hubiera gustado tener a mano el aparatillo de radio con el altavoz negro, no para oír lo que a mí me gustaba: los anuncios de Unión Radio Madrid, que dicen: «Ante Segarra, todo el mundo callao, Gran Vía, esquina Callao», o aquel otro de: «Almacenes San Mateo, si no lo veo no lo creo», y sí el discurso de

don Niceto Alcalá Zamora, dicho en un cordobés sonorísimo, para cantar las excelencias de la República.

Al caer la noche, después de tomar un bocado, apagamos la luz y bajamos las cortinas de la puerta y de las ventanillas, que daban al pasillo, porque mamá estaba muy fatigada a causa de otro ataque de su enfermedad... Un momento antes se tomó la pastilla para el sueño, y con la mano de mi hermano entre las suyas, ha doblado la cabeza sobre el ángulo del respaldo del asiento. Papá también se ha recostado, y en seguida ha empezado con sus ronquidos, que son muy asustadores, porque cuando menos lo esperas suelta un ruido muy bronco y dolorido, como si se estuviera ahogando, hasta que vuelve a quedarse callado y con la cabeza clavada sobre el pecho... Voy sentado junto a María José, la criada que nos llegó después de la feria, y haciéndome el distraído le he puesto la cabeza sobre el hombro, a ver qué hace, pues no me atrevo a atacarla abiertamente, aunque ya llevo pantalones largos, y menos a besarla, porque aunque voy mucho al cine, de verdad de verdad, no sé muy bien cómo se besa a una mujer... De modo que me aprieto a ella lo más que puedo, y de vez en cuando suspiro muy fuerte junto a su cuello, pero sin más... Y se ve que no le enfada lo que hago, porque acaba de rozarme con su cara la cabeza. Así pasamos unos kilómetros. Ella —luego lo comprendí— pensaba que así me animaría para seguir... pero como continuaba sin atreverme, suavemente, rozándome la mejilla y las narices, ha bajado su boca hasta la mía y —algo que yo no esperaba— ha empezado a pasarme la lengua sobre los labios, como si los tuviese dulces... Por fin me he animado, yo le hago lo mismo, y así llevamos muy buen rato, hasta que ella, después de dar unos suspiros muy sospechosos, se ha quedado dormida sobre mi hombro... Y la verdad es que así me pesa un poco, pero por su boca entreabierta sale un calorcillo tan dulzón y húmedo, que voy a resistir con ella encima hasta que no pueda más.

Empieza a pintar el día. Se oyen unas explosiones lejanas. Explosiones que no suenan mucho, pero largas. Papá se ha despertado, y escucha con aire sospechoso. En seguida han comenzado a frenar el tren. Paran. Apagan las luces. Mamá, con voz muy débil, pregunta qué pasa. Y mi hermano dice: «Seguro que están bombardeando». «No digas eso, hijo mío». Sí están bombardeando, pero es muy lejos ha confirmado para tranquilizarnos, y porque era así. De todas formas, hemos estado parados mucho rato aún después de dejar de oírse las explosiones. Y ha sido ahora mismo, al amanecer, cuando han inundado los coches muchos milicianos con mono azul, cartucheras y fusiles. Han abierto la puerta de nuestro compartimiento de un tirón y sólo dos han podido sentarse con nosotros, justo a mi lado. Los demás se han quedado en el pasillo sentados en el suelo o de pie, apoyados en sus fusiles. Algunos comen bocadillos y beben de las cantimploras. Apenas ha arrancado el tren, el que está a mi lado ha empezado a roncar igual que ronca papá, aunque echa menos aire después de dar el ronquido. Uno de los del pasillo canta con voz desentonada:

e quieres escribir,  
¿ves mi paradero,  
frente de Teruel...

Pero nadie le ha coreado y, como arrepentido, casi no se le ha oído lo de «en el segundo ligero».

No puedo negar que estoy contento vestido de soldado. Mi hermano también lo parece. Mi padre, disimulando sus preocupaciones, a veces nos echa un reajo sonriente por encima del periódico... Si mamá no se hubiera muerto hace ya unos meses (qué duro se le puso el gesto, siempre tan dulce. Qué tieso su cuerpo, su cuello y sus piernas toda la vida de líneas tan sensibles), seguro que con el miedo

que le daba la guerra al vernos movilizados iría tristísima, ahí junto a la ventanilla de todo su viaje. En los demás asientos del coche van soldados de mi Brigada, que cantan unas letras que yo todavía no sé. Pasa nuestro tren ante pueblos oscuros y algunos medio destruidos por las bombas.

Llevamos un rato muy largo completamente solos en el compartimiento. Yo paso las hojas del libro que acabo de comprarme para la Universidad, y mi padre sigue con aquella cara tan grave que se le puso desde que enterraron a mi hermano con la guerrera manchada de sangre. Por fin han entrado unos señores con camisas azules y boinas coloradas, que hablan contentísimos y con mucha energía. Mi padre lee otra vez, o simula leer, el periódico. Yo los escucho con esa sonrisa que he aprendido a poner cuando hablan de política los que pueden hablar.

María, mi reciente esposa, no es que le tenga coraje a mi padre, lo sé muy bien, pero como él no le habla, ella no le dice nunca nada. Y él, claro, siempre sonriente y muy amable, sólo le dice lo imprescindible. María está ahora sentada donde siempre iba mamá, y ojea una revista de vestidos y peinados. Mi padre, con la papada ya muy caída, la calva rodeada de canas, sus gafas gordísimas, y cabeceando porque el tren da muchos traqueteos, lee su periódico, hoy repleto de discursos, medallas e inauguraciones, María —son las dos en punto— saca la tartera y comemos en paz y en gracia de Dios. Ella, tan limpia, escrupulosa y voraz como siempre. Y papá allí arrimado, con cara de quedarse con gana, y no atreverse a pedir más. Yo, pretextando que no tengo apetito, le he dado mi chuleta. María come, y lo hace todo con los ojos un poco perdidos, como si añorase algo que no sabe muy bien lo que es..., a lo mejor ese hijo que no podrá tener nunca.

Desde que mi padre leyó su último periódico, pocas estaciones después, María me obligó a sentarme donde él iba siempre, enfrente, junto a la otra ventanilla. No quiso guardar las ropas de papá en las maletas y se las regaló a un viejo que pasó ofreciendo caramelos... Por la noche, al pasar algún túnel largo, hacemos el amor sobre su asiento, amor sin esperanza, porque sabemos que no alumbrará nada más que ese breve grito que da ella en el momento del orgasmo.

Con frecuencia miro los asientos del compartimiento en los que fueron sentados mis padres, mi hermano y las chicas de servicio. Sobre todo aquella que por primera vez en mi vida me lamió la boca. Y recuerdo las caras de todos los que fueron míos, sus decires, su manera de volver los ojos cuando llegaba el revisor y parábamos en una estacioncilla con cementerio, fiesta, lluvia o paseantes en las tardes de sol. Pero María no repara ni quiere reparar en los significados que para mí tienen estos cristales donde los míos se reflejaron, estos brazos y respaldos en los que tantas veces apoyaron sus manos y cabezas. María siempre está con la mirada perdida. Cuando hablamos se esfuerza en sonreír, en ser simpática, en simular que me quiere, pero en el fondo de sus ojos están alojadas otras gentes de los coches del tren, que probablemente yo no sabré nunca quiénes fueron. Acababan de entrar en el pasillo jóvenes con barbas, melenas y pantalones vaqueros. Al verlos, María sonríe con más sinceridad, y sus ojos emergen de aquella profundidad en la que siempre están hundidos.

Después de una explicación brevísima, que casi no fue explicación, y por supuesto sin haber ocurrido nada nuevo, María se ha cambiado de coche. Tomó su maleta, sonrió de esa manera simulada que ella sabe, me dio un beso en la mejilla y marchó pasillo abajo, hacia la izquierda.



Hasta esa mañana, mientras me afeitaba con la máquina eléctrica en el aseo del tren, hacía mucho tiempo que no me miraba tan fija y atentamente en el espejo. Y he visto que las canas blanquísimas que rodean mi calva son muy parecidas a las de mi padre, en aquellas últimas horas que estuvo sentado frente a mí leyendo el periódico. Como al acabar de afeitarme ha parado el tren, me asomo por la ventanilla del servicio por si divisase algún cementerio, pero no. Sólo veo en el andén a unas cuantas mujeres con banderas nacionales y lazo negro, añorando lo que comenzó hace tantísimos años y murió hace tres... Vuelvo a contemplarme en el espejo del lavabo. De verdad que de aquel yo que empezó el viaje en este tren y sintió el primer refrió entre los brazos de su madre al abrir una ventanilla, sólo pervive el color y la expresión de los ojos... Todo lo demás ya es de otro.

Así que lleguemos a la próxima estación, me bajaré a comprar un periódico. El mismo que compraba mi padre... Ya estoy en mi asiento. Me he calado las gafas gordas y lo leo de arriba abajo, sin interés alguno. Me es exactamente igual pase lo que pase.

Hace ya mucho rato que nadie anda por los pasillos, y estoy completamente solo en mi compartimento... Por más que miro a mi alrededor y esfuerzo mi cerebro, no consigo recordar en qué asiento iba siempre mi madre; en cuál se ponía María, cuando hacíamos el amor; en aquel frente hirieron a mi hermano; qué contaba mi padre tantas veces de la guerra de África, y de don Benito Pérez Galdós después de aquella visita con una comisión para pedirle no sé qué... ¿Qué día empezó este viaje? ¿En qué sitio? Han pasado muchas horas sin que venga el revisor a pedirme este billete tan sobado y amarillo que me entregó mi padre.

También ahora me doy cuenta, hace mucho tiempo, que el tren no ha parado en ninguna estación, y parece que cada vez va más deprisa. Apenas ha anochecido y ya han encendido las luces de todos los coches. Tembloroso me asomo a la puerta. Ni veo ni oigo absolutamente a nadie. Con las manos apoyadas sobre el marco de la puerta y la cabeza baja, rezo, como lo hacía de niño. Me asomo a los compartimientos próximos. No veo a nadie. Ni maleta. Llego al final del coche donde estaba el compartimiento de María desde que se separó. Nadie. «Y (he) comenzado a correr por los pasillos del tren de un vagón a otro y (estoy solo) y busco al revisor, a los mozos de tren, a algún empleado, a algún mendigo que viajará oculto bajo un asiento, y (estoy solo) y he preguntado quién conducía, quién (mueve éste) horrible tren. Y no (me) ha contestado nadie, porque (estoy solo).

»...Y (sigo) días y días... (desmemoriado, casi inconsciente) en el enorme tren vacío, donde no va nadie, que no conduce nadie<sup>[1]</sup>».

## Confidencias 1916

A estas alturas, prima, no tengo más remedio que hablarte de tío Leopoldo, el que murió de tuberculosis amorosa el año 1916, según me contaron milenta veces en aquellos años tiernos. Su retrato, ampliación del que se hizo con toda la familia para el kilométrico, estaba colgado en el comedor de arriba, frontero al del abuelo, pero haciendo una poca diagonal, de manera que tenían que mirarse de reojo y hablarse de reoído, como yo suponía que se hablaban y miraban después de irnos a dormir. Debían ser diálogos tristes, cariñosos y tirantes juntamente, el de los dos retratados. Diálogos de hombres solos, porque en el comedor no había fotografías de mamá, de la abuela, ni de las tías Dolorcitas... Bueno, sólo uno de la tía Patricia, la prima que vivió en Aranjuez y tenía escasa relación con ellos. (Con el pretexto de verla, me llevaron a la primera excursión de mi vida, según se ve en las fotos que tenemos sobre el Tajo, con los trajes de domingo, camisas muy sport con los cuellos de ala de paloma y la sonrisa de papá al vernos tan contentos en la barca).

En todas las fotos, que era muy retratero, menos en la última (que está sin afeitado, y con los ojos tristes que se les ponían a los tuberculosos pocos meses antes de morirse) el tío Leopoldo tiene un bigote juvenil y rubio, los ojos claros, peinado a raya con el tupé brillante, y el aire ágil de un hombre bien bailado. Mamá me hablaba muchas veces de él echándole miradas lastimeras a la fotografía del kilométrico, donde tiene la mano izquierda en la sida del chaleco y el lacete tieso sobre el cuello alto almidonado. Siempre

me decía que fue muy guapo y muy buen mozo. Tu tío fue el hombre más hermoso del pueblo, coreaban los domingos por la mañana la hermana Raimunda, que fue criada en la casa de nuestros abuelos; la hermana Francisca, vecina de toda la vida; y la Eustaquia, ama de cría de mamá. Y al mirar la foto ampliada de su busto, colgada frente al balcón del comedor de arriba (algunas tardes se reflejaba el sol en su cristal), me lo imaginaba de cuerpo entero, sin sacarse el dedo pulgar de la sisa del chaleco; paseando por la Glorietta de la Plaza; a caballo sobre la montura que guardaba mamá en el arcón grandísimo de la cocinilla de lavar; o dando vueltas muy rápidas en los bailes del Casino del Círculo Liberal, según contaba en la «sección de noticias» *El Obrero de Tomelloso*. Pero la imagen de su figura tan apolínea se me alteró muchos años después, el día que enterramos a mamá, y tu madre (q. e. p. d.) sentada en el patio de casa (donde vivíamos desde 1942), al recontar los familiares muertos de su marido —que aquel día ya eran todos— y tocarle el turno al tío Leopoldo, después de alabar, como todos, su belleza; lamentar sus amores dramáticos y tuberculosos; recordar lo bien que bailaba y la alegría de sus decires, añadió con tono reticente (y perdona) lo de sus defectos físicos. Mi abuela paterna, tu madre y otras señoras, hacían corro en el patio, muy cerca del jardín rodeado de la alambra de los ojos anchos. Yo estaba con los amigos en el patizuelo de cemento, nada más bajar la escalerilla de hierro de la casa, junto a la única puerta del jardín. El corro de mujeres hablaba tras la yedra, y sólo nos llegaban sus palabras los ratos que callábamos y encendíamos los cigarrillos entre lutos y ojeras. Fue entonces cuando tu madre dijo nada más y nada menos, que el tío Leopoldo tuvo dos defectos físicos... dentro de su hermosura, claro está. Uno —fíjate— las piernas demasiado largas. Tanto, que al ponerse de pie, se le combaban hacia atrás como arcos de ballestas. Y aquello, la verdad sea dicha —añadió—, le afeaba mucho el tipo, porque los hombres perfectos tienen

las piernas rectas y proporcionadas al cuerpo. A pesar de que ya era hombre hecho y derecho, aquella declaración fue chinazo en el cristal de mi evocativa. Desde entonces, cada vez que pienso en tío Leopoldo —al que no conocí porque murió tres años antes de que yo viniera al mundo— lo veo de pie, con las piernas curvadas, como perfiles de toneles.

El otro defecto lo sabía desde hacía mucho tiempo, pero lo olvidé por la necesidad inconsciente de no lesionar al ser perfecto que desde niño me trazaron. Me refiero al ojo de cristal. Y después de oír a tu madre recordé, que de niño, miraba y remiraba el retrato del tío colgado en el comedor, para sorprender el brillo del ojo artificial cuando el sol pegaba en aquella pared a la caída de la tarde. Pensaba entonces que a un ojo de vidrio, aunque retratado, el sol debía sacarle reflejos más rígidos que a los ojos de carne.

Enterrada mi madre aquel día, la segunda generación de Pavones quedaba al abrigo de los dos nichos cubiertos de tejas grandes, que están al acabar el paseillo central del Cementerio Viejo. Se fueron todos, enterrando cada cual un poco más al anterior, y rompiendo con el ataúd flamante la corona ya seca que metieron en aquella oscuridad en el sepelio precedente.

Sí, los muertos entierran a sus muertos, pero dejan flotando como mariposas transparentes algún rasgo, dicho o hecho de su biografía (por ejemplo, el ojo de cristal o unas piernas demasiado largas) que precisan muchos muertos más para enterrar definitivamente.

La abuela Manuela me hablaría cien veces de su hijo Leopoldo desde que empecé a entender, hasta que ella murió cinco años antes de mi nacimiento... La música de sus palabras y ciertas penumbras de su imagen, me zumbaban todavía en los ángulos pequeños del cerebro. Pero no fue ella la que me dijo lo del ojo de vidrio. Me hablaría de los viajes del tío Leopoldo a Ávila y Zamora; de que su novia se casó con otro cuando murió el abuelo y se quedaron

pobres; de su buen genio y risotadas. Cosas tristes y contentas, pero siempre dejándolo bien parecido y varonoso.

En la fotografía tamaño postal, que no es la del kilométrico, está el tío con un traje de cuadros escoceses y la mano izquierda en el bolsillo del pantalón (y no en la sisa del chaleco. Que el chaleco que lleva en la fotografía que ahora te digo es de fantasía, cruzado y con solapillas). Su cuerpo queda cortado a la altura de las rodillas y, claro, no se ve la total longitud de sus piernas, y menos la curvatura hacia fuera... Sin embargo, fijándose mucho, podría deducirse que su cuerpo resultaba corto en proporción a la talla total, por la longura de los muslos que asoman bajo el faldón de la americana (tiene el pico de ella levantado distraídamente con el antebrazo derecho) y la de las piernas que se adivina si el retrato fuese de cuerpo entero... Y lo que refuerza más esta deducción: un chaleco por largo que sea no puede cubrir todo el tronco de un hombre alto y proporcionado como lo cubre en esta foto.

No sé si tu madre contó aquellos defectos del tío Leopoldo, con cierto resentimiento, porque era el más guapo de la familia, incluido su marido, o sea tu padre. O si lo dijo sin quedarle otra, porque de verdad era así... e ignoraba que yo pudiera oírla a través de las yedras del jardín.

Y ahora, otra mengua que no me llegó por boca de tu madre. Una de las cosas que hizo el tío Leopoldo para sacar adelante a la familia, además de viajar vinos por Ávila y Zamora, fue poner un establo de vacas en la cocina de abajo. Todavía recuerdo sobre el muro donde debieron de estar adosados los pesebres, las anillas para atar los vacunos... Pero lo peor fue que, pasados muchos años, y por eso te recuerdo lo de las vacas, cuando yo tenía bien metido en la cabeza que el tío murió de tuberculosis amorosa, consecuencia del desgraciado final de su noviazgo, una noche de verano, su íntimo amigo que fue Salvador, recordando su guapeza y buen humor, me dijo que la verdadera causa de su enfermedad, fueron aquellas vacas que tuvo un

tiempo para ganarse la vida. ¿Te das cuenta?, es decir, una tuberculosis de babas y de ubres, en vez de la tisis becqueriana que siempre contaba la familia. Añadió, que desvelado por tantas desgracias, el tío se acostaba muy tarde, paseaba solo por las orillas del pueblo, se bañaba en las albercas a altas horas de la noche con otros amigos noctívagos; y en invierno le veían entrar en el casino embozado en la capa como al hombre más desgraciado de la historia local. Me añadió que nunca pasaba por la bodega que fue de su padre, ni por la casa de su antigua novia. Y que precisamente cuando ella se casó, empezó a quedarse tuberculoso poco a poco hasta yacer palidísimo y con toses de pecho sobre la cama de aquella alcoba que estaba junto a la cocina de arriba (en la misma que murió la abuela y luego pusieron las camas amarillas con pájaros pintados para mi hermanillo y para mí).

No sé si viste alguna vez el estuche que conservo con sus recuerdos personales (el de terciopelo azul con chapitas doradas). En él tengo la pitillera y estuche de cerillas de plata, con sus iniciales grabadas, que le regaló la novia (manchas oscuras, así como relejes de nicotina, deslucen mucho la plata mate de la pitillera); las cartas que escribió desde Ávila y Zamora; y aquella fotografía que te dije en la que está tan abandonado de sí mismo, sin lazo y sin afeitarse, ante una tapia enjalbegada, y los ojos tristísimos fijos en un lugar que no es el objetivo de la máquina... Es decir, que él tiene cara —y es a lo que iba— de una tuberculosis tan melancólica, que no pudo producírsela de ninguna manera la respiración o la saliva de unas vacas, como me dijo su amigo Salvador aquella noche de verano, sino la desesperación del amor perdido.

Con su última salida por el portal de las estatuas (no sé si te diría tu madre que en el portal de la vieja casa de la calle de la Independencia había unos pedestales con estatuas), cuyas figuras nunca consigo recordar, quedaron mi madre y la abuela —tus padres ya estaban casados— total-